

Y el primero que en él tuvo por guía,
Que le indicó las sendas y vertientes,
Y los sitios do acaso se encamaban
El jabalí cerdoso, el gamo y liebre,

Fué su acompañador, el podenquero,
Aquel mendigo que del vino alegre
Bajo el influjo, descubrió en Mudarra
El alma de Gonzalo. Vasco Perez



Era su nombre; y aunque el torpe vicio
Acomodo tener no le consiente,
Lograba fama en adiestrar halcones,
En armar lazos á la caza y redes,

En adobar ballestas y venablos,
Y en amaestrar pachones y lebreles;
Y los momentos, en verdad muy pocos,
En que en sana razon llegaba á verse,

Era tan servicial y entretenido,
Cantaba tantas trovas y motetes
De la pasada edad, que recogia
Abundante limosna; y era huésped

Recibido con gusto en las tabernas.
Tras de él andaban los muchachos siempre,
O á escuchar boquiabiertos sus romances,
Cuando estaba en ayunas; ó á romperle

La cabeza con grita y con pedradas,
Rasgarle los andrajos, y en la nieve
O en el lodo más sucio á revolcarlo,
Cuando estaba de vino hasta el gollete.

Pero, bebido ó sin beber, guardaba
Tanta lealtad, amor tan reverente
A la casa de Lara, á los Infantes
Sin ventura, y al que era de los siete

El menor, sobre todos, á Gonzalo,
De quien tambien hermano fué de leche
Y favorito, y diversion; que el pobre
Tuvo persecuciones diferentes,

Sufrió cárcel y azotes, porque osado
Insultó á Rui-Velazquez varias veces:
Hallando acaso en la embriaguez disculpa
Para el cuello librar de los cordeles.

Esta lealtad y amor le compelieron
Desde llegó Mudarra (pues no puede
Nadie, nadie en el mundo disuadirlo
De que es Gonzalo, que á la vida vuelve,

O por disposicion del justo cielo,
O por mágicas artes) á ofrecerle
Sus servicios en todo, y á seguirlo,
Como el fiel can seguir al dueño suele;

Y aún se notó empezaba á dar enmienda
A su antigua aficion. Aunque le viese
Con desprecio Mudarra en el principio,
Supo el sagaz borracho merecerse

Su atencion y su gracia en el momento,
Cantándole en romances diferentes,
Del conde de Saldaña y de Jimena
El amor infeliz, encierro y muerte;

Y de Bernardo los famosos hechos,
Y cómo exterminó de los franceses
El poder y orgullosos paladines,
Con que inflamó del cordobés la mente.

Ganado su favor y confianza,
Una tarde tambien logró traerle
A un chozo, que á una legua de la villa
Daba en el bosque abrigo y pobre albergue

A su madre infeliz. Era una vieja,
Rústica y montaraz, de extraño temple,
Que es al hijo deudora del sustento;
Mas que le riñe por sus vicios siempre.

Elvida se llamaba: en el castillo
De Salas se crió, cuando en su oriente
Brilló la casa del señor de Lara;
Y siendo muy hermosa y muy alegre,

Corrió en su juventud varias fortunas,
Hasta que se casó, ya no muy verde,
Con un anciano, jardinero, y tuvo
A Vasco de este enlace. Justamente

Nació Gonzalo entónces, postrer hijo
De Lara; y como al darle á luz, muriese
Su madre, al punto fué llamada Elvida,
Para ser del infante ama de leche.

Con gran cariño le crió, con grande
Esmero le cuidó, y un ascendiente
Sin límite ejerció con sus señores:
Y tal amor y afan por ella siempre

Tuvo y guardó Gonzalo, que la hicieron
Orgullosa además, y sus sandeces,
Impertinencias, gustos y caprichos
Hallaron proteccion y apoyo fuerte.

Pronto al hijo introdujo en el palacio,
Y si él hubiese sido de otro temple,
Más dócil y aplicado, acaso hubiera
Llegado á un puesto en que envidiado fuese;

Pero salió tan díscolo y travieso,
Que á pesar del favor harto eminente
Que alcanzaba su madre, nunca pudo
De su esfera salir. Ora, de muerte

Con peligro cercano, á las almenas
Trepaba y á los altos chapiteles,
Para nidos buscar de gorriones;
Ora en la huerta tras la fruta verde,

O dejando sin agua los estanques,
Para coger galápagos y peces,
Se pasaba los días. Ya en los patios,
Cuadras y corredores á cachetes

Andaba con los pajes; ya basura
En las ollas echaba, y con aceite
Escaldaba á los gatos, y con mazas
Acosaba á podencos y lebreles.

Ya con raros visajes en la iglesia
La devocion turbaba de la gente,
Arremedando el canto y el gangueo
Del necio sacristan, del viejo preste.

Y ni azotes, ni tundas consiguieron
Su condicion templar y contenerle;
Ni con los años mejoró tampoco,
Pues ya de zagalon y mozalbete,

Salió tan pendenciero y tan osado;
Inventó tantas burlas insolentes,
Se atrevió á las doncellas de la casa,
Y aún á las mismas dueñas de tal suerte,

Que por gracia especial, de podenquero
Pudo lograr la plaza solamente;
Y aún en ella inventó mil travesuras,
Que turbaron la villa varias veces.

Despues cuando el favor de las estrellas
A la casa de Lara y á sus gentes
Se oscureció, y airada la Fortuna
Las dejó abandonadas á la peste

De la calumnia y la traicion; Elvida,
Viuda ya y vieja, aunque robusta y fuerte,
Y su hijo Vasco, en el comun naufragio
Tambien se hundieron. En los campos este

Se halló, do perecieron los Infantes,
Y allí se comportó como valiente,
Logrando mal herido, por milagro,
De aquella gran matanza salvo verse.

Regresó á su lugar, y desde entónces
Diz que empezó á entregarse casi siempre
A la torpe embriaguez, bien que ántes de esto
Inclinacion marcada le tuviese.

—Su madre, ¡desdichada!... Desde el dia
De la justa de Burgos, de do vienen
Todos los infortunios de los Laras,
Le apretó el corazon nudo tan fuerte,

Que en silencio tenaz quedóse hundida
Sin comer ni dormir, hechos dos fuentes
De lágrimas sus ojos; y al momento
De ausentarse Gonzalo, á conmoverse

Llegó, y á trastornarse su juicio
A extremo tal, que físicos y prestes
De Salas la juzgaron poseida,
Y exorcizada fué dos ó tres veces.

Mas cuando vuelto el hijo, por él supo
De su Gonzalo la espantosa muerte,
Concibió tal furor, que á sofocarlo
Con ambas manos se arrojó valiente,

Y, «Vasco, le gritó, yo te maldigo.
¿Por qué, traidor, has vuelto?... ¿por qué, aleve,
Al lado de tus amos no quedaste,
Como deben quedar los siervos fieles?»—

Odio indecible le cobró, sentia
Un tormento furioso sólo al verle,
Y lanzaba el aullido que una loba,
Cuando el cachorro por los montes pierde.

Fué despues arrojada del castillo,
Como otras dueñas, pajes y sirvientes,
Así que preso el calumniado Lara,
Su estado confiscaron y sus bienes.

Llevó este golpe con firmeza heróica;
Ni lloró, ni rogó. «Pues no he de verte
Jamás, oh mi Gonzalo, oh niño hermoso,
A quien aquestos pechos dieron leche,

»Ni he de sentarte más en mi regazo,
Do pasaste tu infancia, y para siempre
Perdí tu dulce afan por mis desvelos;
¿Qué me importa dejar estas paredes?»—

Exclamó, y al momento del palacio
Salió, ni un solo instante detenerse
Quiso, y abandonando ropa y lecho,
Huyó á los campos sin buscar albergue.

En ellos largo tiempo se mantuvo,
Vagando como fiera á la intemperie,
Despreciando los soles y las lluvias,
Las tormentas, los vientos y las nieves.

Ora trepaba á las fragosas cumbres
De día ó de noche, y de exterminio y muerte
Entonaba, con voz que ensordecia
Al huracan, al trueno y al torrente,

Lúgubres cantos; ora sus gemidos
Sonaban espantosos, como suelen
Los de herido leon por espesuras
Y hondas cavernas. Montaraz y agreste

Se hizo su aspecto: si álguien la veia
En una helada noche de diciembre,
De pié en un risco, y su contorno oscuro
Dibujarse en las nubes trasparentes,

Que la luna argentaba detrás de ella;
Cosa del otro mundo, que las leyes
Del orbe á turbar iba, la juzgaba,
Sobrecogido de terror solemne.

Y el que la viera en el sediento estío,
Atravesar las selvas y las mieses,
Lanzarse á los arroyos, y en las grutas
O en los bosques de pronto aparecerse;

Con aquel gesto y ademán extraños,
Desnuda brazo y pechos, y dolientes
Gemidos arrojando; la creyera
Maga, que de fortuna los reveses

Apuraba infelice, siendo nido
Su corazon de envenenadas sierpes,
Y de venganza sin poder, su pecho;
Porque otra maga más dichosa y fuerte

O más sábia, deshizo sus conjuros,
A su amor prendió con dulces redes,
Rompió su vara mágica, y en polvo
Tornó su alcázar, baños y verjeles.

Era pues reputada su presencia
Por de siniestro agüero; y diligentes,
Viandantes y labriegos la evitaban,
Y los pastores colocaban siempre

Algun sustento en grutas y veredas,
Para que lo tomase, y no viniese
Al aprisco á buscarlo, cual solia,
Y á hacer mal ojo á las paridas reses.

Así vivió dos años: al tercero
Tomó otro giro su enfermiza mente,
Como veleta que, si el viento muda,
Hácia otra direccion torna y revuelve.

A Salas regresó la pobre Elvida
Taciturna, espantada: luégo fuése
Al castillo, que estaba ya tapiado,
Y se arrojó sobre la yerba verde,

Que á brotar empezaban los cimientos;
Y allí gimiendo estuvo, como suele
El perro fiel junto al sepulcro helado,
Do su señor el sueño eterno duerme.

Tal vez pudo lograr introducirse,
O salvando atrevida las paredes,
O por algun postigo abandonado,
En la parte interior; y sus dolientes

Lamentos en la noche, y sus pisadas
Dieron fundado origen á la especie,
Que por entónces se extendió en Castilla,
De que habitaban el palacio duendes.

Luégo desapareció la miserable
Por tantos años, que llegó á perderse
De sus extravagancias la memoria,
Juzgándola en el reino de la muerte;

Mas hace poco tiempo aparecióse
En Salas otra vez, muy diferente,
Enferma, descarnada y apacible,
Y hubo pocos que así la conociesen.

Hizo entónces las paces con el hijo;
Tierna le acarició, volvió á encenderse
El maternal amor en sus entrañas,
Y mendigó con él algunos meses

Por monasterios, ventas y alquerías;
Aunque humilde y tranquila, con la mente
Confusa y soñadora, y dando indicios
De estar fuera de caja casi siempre.

Tuvo un ataque al fin de perlesía;
Quedó baldada, y resolvió acogerse
A aquella choza, de que nunca sale,
Y que ántes fuera pastoril albergue.

Sus espantados ojos, que conservan
Del entusiasmo y de locura ardientes
Todo el fuego vivaz, y que contrastan
Con su semblante de ceniza y nieve,

De forma cadavérica, inmóvil
Y arado de hondos sulcos, do se advierten
De pasiones tremendas los vestigios;
Sus cabellos de plata, que descienden

Por el cuello y los hombros derramados;
Sus brazos, ya compuestos solamente
De huesos y tendones; su estatura,
Su voz ronca y profunda algunas veces,

Otras aguda y agria; el lloro escaso,
Que, cuando está en silencio hundida, vierte
Inmóvil y yerta; y el extraño modo,
Singular y fantástico, que tiene

De ajustar á su cuerpo los andrajos
De colores y tiempos diferentes;
Causan tal impresion en quien la mira,
Que la lengua explicarla apénas puede:

Pero que no se borra en largo tiempo,
Que hartó á menudo renovarse suele,
Y que en la soledad y en los insomnios
A la imaginacion se ocurre siempre.

Cuando aquel dia en que llegó Mudarra
Al palacio paterno, Vasco Perez
Contó en su choza con turbada lengua,
Aunque con ojos por demás alegres,

Que en carne humana el alma de Gonzalo,
O Gonzalo encantado y jóven siempre
Como el dia que partió, se hallaba en Salas
Con el patriarca Abran y veinte duendes;

Y que ya en el castillo el ciego padre,
Y Nuño, y los hidalgos, y Arcipreste
Le habian reconocido y abrazado,
Pasmado á todos escucharle y verle;

Elvida oyó con espantados ojos,
Abierta boca y corazon latiente
Tan impensada nueva. Repetirla
Hizo al hijo, borracho, muchas veces;

Y cuando pudo de que estaba en seso
Por sus repeticiones convencerse,
Y persuadirse de que no soñaba
Ella misma tampoco; un punto breve

Quedó en silencio, estremeciése, á tierra
Como muerta cayó. Temblando Perez
La socorrió como le fué posible,
Y agua le echó en el pecho y en las sienes.

Volvió la vieja en sí, lanzó un suspiro,
Y gritó: «¿Es cierto?... ¡He de tornar á verle!...
¡A abrazarle!... ¡A gozar de sus caricias!...
Volemos, hijo, pues... ¿Qué nos detiene?»—

Arrastróse á la puerta de la choza;
Mas la desventurada ya no puede
Adelantar un paso, ni en las piernas
Baldadas y sin fuerza sostenerse.

La profunda impresion que ha recibido,
Todos sus males aumentó de suerte,
Que tuvo el hijo que llevarla á fuerza
A su mezquino lecho, do la fiebre

Delirante invadióla de tal modo,
Dió tan raros aullidos, tan crueles
Accesos de furor y de alegría,
De esperanza y recuerdos, de su mente

Se apoderaron, que pasó infelice
Sólo en dos dias en compendio breve
Todos los infortunios de su vida,
Y casi estuvo en brazos de la muerte.

Al cabo de ellos consiguió llevarle
Vasco á Mudarra. De que el pobre albergue
Era el de la nodriza de su hermano,
Y de sus aventuras y su temple

Informado ya estaba el jóven moro,
Y quiso ver y conocer á un ente
Tan raro y singular. Entró en la choza,
Acompañado del borracho Perez:

Al rumor de su entrada la cabeza,
Como la de un cadáver que se mueve
Escuchando el conjuro, alzó el vestiglo,
Los ojos espantados y lucientes

Clavó en el jóven, al semblante dando
Color, vida, expresion, y de repente
Se alzó, con tanta actividad y brio,
Que al hijo horrorizó. Dió un grito fuerte

De sorpresa, exclamando: «Él es, no hay dudal»
Y con los brazos extendidos fuése
Al jóven, le estrechó, de llanto y besos
Las mejillas cubriéndole y la frente.

No pareció al Expósito gustoso
Recibimiento tal, que no fué breve;
Y creyéndose en brazos de una bruja,
Empezó á trasudar y á estremecerse.

Soltóle al fin la vieja, entrambas manos
Contra el pecho le puso, atentamente
Examinóle el rostro, y á abrazarlo
Volvió: «¡No hay duda, él es!» gritando siempre.

Tornó á observarle y prosiguió: «A mis ojos
Está más espigado... Me parece
Más moreno de rostro... ¡Mi Gonzalo!!!
¿Por qué en el traje de los perros vienes?»

»Ponte tu cuera y sayo... ¡Ay, hijo mio!
¡Niño del alma!... Muestra las crueles
Heridas que los bárbaros te han hecho,
Y deja que mis labios te las besen.

»¿No me respondes?... ¡Hijo!... Soy Elvida,
Elvida, que te dió su alma y su leche.
¿Te acuerdas, Gonzalvico, dí, te acuerdas
Cuánto te aperreabas, y las veces

»Que te canté el romance de Jimena,
Para que te acallaras y durmieses?
¿Te acuerdas que si el amo te reñía,
Eran mis faldas tu refugio siempre;

»Y que del capellan y del buen Nuño
Era sólo mi afan el defenderte?
¿Te acuerdas, hijo mio, del gran golpe
Que te dió el potro aquel?... ¡Ah!... si no hubiese

»Sido por Mendo el picador... Yo sola,
Yo sola te curé, pues que perene
Permanecí junto á tu lecho, y puse
En tus heridas el bendito aceite,

»Que me dió el peregrino.»—Así charlaba
La vieja, y sin saber qué responderle,
El cordobés atónito la mira,
Y su hablar y actitudes le suspenden.

La sorpresa y asombro del mancebo
Pronto á la pobre vieja heló; y al verle
Callar á sus preguntas, un instante
Quedó confusa, se anubló su frente,

Y se murieron sus vivaces ojos;
Y con voz sepulcral, «¡Ay!... ¡cuál le tienen,
Exclamó, los maléficos encantos!
Desventurada yo!... Ni áun conocerme

»Le dejan los espíritus malignos.
¿De qué me sirve recobrarlo y verle,
Si le recobro y miro en tal estado?
Jóven se ha conservado, sí, parece

»Que no pasó por él ni un solo instante;
Mas su alma envejeció: claro se advierte
En su olvido y frialdad... ¡Ama infelice!
¡Vieja infelice yo!... que no merece

»Ni una sola caricia... ¡ni un recuerdo!»—
No pudo continuar, desfalleciente,
Ahogada en llanto y de dolor rendida
Cayó en su lecho, sin poder valerse.

Darle anhela Mudarra algun consuelo,
Y alivio á su afliccion; pero no quiere
Su error alimentar, aunque conoce
Que es el sacarla de él, golpe de muerte,

Las dulces ilusiones destruyendo
Que aún momentos de dicha darle pueden.
Se acercó y abrazóla; mas palabras
Hallar le fué imposible que conciertan

Con los recuerdos de la pobre Elvida.
De la choza salió con un vehemente
Interés por su anciana habitadora;
Y con socorros mejoró su suerte,

Hablando al tierno padre en favor de ella;
Y ropa, lecho y los precisos muebles
Le procuró, y á verla cada dia
Va por la tarde, y divertido suele

Pasar allí gran rato. Aquel cariño
Que le demuestra tan sincero siempre;
Aquél hablarle de la edad pasada,
Inmutable en su empeño de tenerle

Por una aparicion; las menudencias
Que á su casa y hermanos pertenecen,
Referidas cual cosas que él no ignora;
Y su dificultad de responderle;

A su conversacion con la nodriza
Dan un confuso vago, y otras veces
Tan misteriosa oscuridad, y un giro
Tan tierno y melancólico, que ejercen

Gran poder en el pecho de Mudarra,
Y en su imaginacion rica y ardiente.
Elvida por su parte sólo anhela
Que de la tarde el término se acerque,

Para que venga á su apartada choza,
Pues vive sólo para amarle y verle.
Siempre al llegar, lo abraza y acaricia,
Y preparado algun refresco tiene:

Ya dulces limas, peros ó naranjas,
Ya requesones ó cuajada leche,
Ya bollos, blanca miel y seca fruta,
U otra cualquiera pequeñez, que suele

Vasco buscar por su mandato en Salas,
Y que Mudarra acepta y agradece;
Aunque ve con dolor que al retirarse,
Como de sus respuestas nunca quede

Satisfecha la pobre, se la deja
Atormentada y pesarosa siempre,
Y con llanto en las áridas mejillas,
Porque ya su Gonzalo no la entiende.

—La tarde pues á que llegado habemos,
Que es la del día clásico y solemne
En que se celebró la ceremonia
De legitimacion, cuando impaciente

Dejó la mesa y los cansados brindis
Mudarra, y á vagar al campo fuése;
Pensó á la choza de la pobre Elvida,
En declinando el sol, ir como suele.

Pero á sus varios pensamientos dando
Larga rienda en los bosques, á perderse
Llegó en su laberinto, persiguiendo
A través de malezas y vertientes